

Las transformaciones sociales del siglo XX

Alain Touraine*¹

Tengo plena conciencia de la gran responsabilidad que he asumido al plantear aquí ante ustedes algunas consideraciones sobre las tendencias dominantes en nuestras sociedades. Lo hago con la esperanza de que el conocimiento y análisis de dichas tendencias abonarán el terreno para algún tipo de intervención en este proceso.

Estoy de acuerdo con aquella antigua definición que trata a las ciencias sociales como "ciencias de las políticas" ("policy sciences"). Debemos reconocer, no obstante, y éste será mi punto de partida, que la situación en que vivimos ya no es comparable a aquella otra, que tanto ha perdurado y en la que los factores económicos daban origen a conflictos sociales y luego a mecanismos para su institucionalización y tratamiento legal o contractual. Este modelo, generalmente denominado modelo democrático social, ya no corresponde a la realidad, incluso para las numerosas personas que lo apoyan y que consideran que, de una u otra manera, se deberá revitalizar. Sin embargo, para comenzar a entender ciertas tendencias predominantes, creo que antes debemos identificar la situación de la que hablamos y ver cómo podemos definirla.

Lo expondré de forma esquemática. Imaginemos que nuestro encuentro se produce en 1894. ¿Cuál era la situación reinante hacia finales del siglo XIX? El poder era de naturaleza económica y estaba centrado en la City de Londres. Contra ese poder fundamentalmente económico, las fuerzas del cambio y los movimientos eran políticos e ideológicos (movimientos de clase, movimientos de liberación nacional y un incipiente movimiento feminista). También existían movimientos que desafiaban la dominación capitalista desde un enfoque intelectual o cultural. Ahora, la situación se ha invertido, porque esas protestas o movimientos revolucionarios, por lo general, vivieron su auge a comienzos del siglo XX. En casi todas partes, el poder del dinero ha sido reemplazado por el poder del Estado. Estos Estados, que podríamos definir como voluntaristas o de movilización, adoptaron una amplia variedad de formas, desde lo mejor hasta lo peor. En Europa y otros países hemos vivido un periodo de gobiernos socialdemócratas, que adoptaron sus formas más elaboradas en los países escandinavos. Unos años más tarde, se instauró el amplio dominio de los regímenes comunistas. En otros lugares surgió el poder de los Estados nacionalistas anticolonialistas o poscoloniales, mientras que en América Latina y en otras regiones del mundo nacieron regímenes 'nacionalistas-populistas'. A estas categorías debemos

¹Alain Touraine es Director de Estudios en el École des Hautes Études en Sciences Sociales, 54 boulevard Raspail, 75005 París, y fundador del Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologique. Ha publicado numerosos libros y artículos sobre teoría sociológica, sociología del trabajo y sobre los movimientos sociales en América Latina. Su publicación más reciente es *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et Différents (¿Podemos vivir juntos? Iguales y diferentes)* (1997). Ha

sumar otras dos muy diferentes, de hecho opuestas, que han desempeñado un papel igualmente importante. Una de ellas son los Estados autoritarios tradicionalistas que prevalecieron en el Mediterráneo europeo, especialmente en España, Portugal y Grecia durante un periodo relativamente largo, y en Francia durante algunos años; la otra son los Estados fascistas o los imperialistas al estilo japonés, que dominaron la historia mundial tan dramáticamente en los años 30 y 40 de este siglo.

En la actualidad, concretamente desde los años 60 ó 70, nos encontramos en una fase caracterizada principalmente por el declive de estos Estados voluntaristas y movilizadores. Hace un siglo, se desafiaba al poder capitalista, y los actores políticos y sociales conocían un movimiento de auge, mientras que hoy sucede todo lo contrario. De esto se desprende que, en primer lugar (y esto regirá una buena parte de nuestros análisis) debemos reconocer que mientras hace un siglo el escenario histórico estaba tomado por actores políticos, ideológicos e intelectuales, en la actualidad éstos comienzan a escasear. Las fuerzas de transformación, considerando el declive de los Estados de movilización y voluntaristas, son hoy esencialmente de carácter económico. Por ello, de una forma u otra, dominan en todo el mundo las políticas de ajuste de corte liberal ortodoxo. Los regímenes socialdemócratas que aún se mantienen en el poder han tenido éxito porque han adoptado las políticas liberales. Es lo que ha sucedido en Australia, España y también en Francia. Incluso en los países antiguamente llamados comunistas, constatamos las formas más extremas de las políticas liberales ultra ortodoxas. Pienso en China, Viet Nam y Cuba, que también intentan atraer capitales extranjeros.

Otros países no han llevado el capitalismo a estos extremos, pero en todas partes, desde Europa del Este hasta América Latina, reconocemos esta gran inversión de las tendencias históricas. La forma que adopta es a veces moderada y otras extrema, pero ahora estamos siendo testigos del ocaso del Estado de movilización. Debo agregar de inmediato que esto, desde luego, no significa que ahora el mundo está unido y que ha adscrito a un modelo único que señala el fin de la Historia, un modelo basado en una combinación de economía de mercado, democracia liberal, tolerancia cultural y secularización. Esta fue la visión de la situación mundial que sostuvieron algunos observadores durante sólo un par de años. Dos ideas resumen la situación actual. La primera, que en mi opinión es fundamental, es que este auge del liberalismo que ha logrado acabar con el Estado de movilización, no prefigura la construcción de un modelo alternativo de sociedad. Se trata más bien de una fase de barrido y eliminación. Es decir, no es un modelo, porque el liberalismo no tiene un modelo de sociedad. Todos los controles que el mundo de la política ejercía sobre la economía están siendo eliminados, ya sea por razones políticas o ideológicas, o como respuesta a los intereses de influyentes grupos de presión y de nomenclaturas. Esto tiene una importancia fundamental, e incluso me atrevería a decir que parece

casi imposible, a la luz de la experiencia actual, no pasar por este proceso de dimensión mundial. Los pocos países que han intentado sustraerse a este proceso son los que hoy en día conocen más dificultades. El coste social de este rechazo o retraso es abrumador. Por lo tanto, aunque nos opongamos a esta forma de desarrollo y aunque deseemos algo diferente, el fenómeno existe. Ya no tiene sentido pensar en la conveniencia de dar el salto hacia el liberalismo, puesto que casi todos los países ya lo han dado.

Ahora se trata de cómo reconstruir el control social sobre la actividad económica. La primera observación que formularía antes de abordar esta cuestión, es que actualmente asistimos a una especie de proletarización a nivel global. Me refiero a la destrucción o 'deconstrucción' de los controles políticos, ideológicos y legales, con el resultado de que el mundo en su totalidad se está dividiendo en dos, o se está convirtiendo en un fenómeno 'dual', como lo expresarían algunos latinoamericanos. En cada uno de los individuos, en cada ciudad y país, en un nivel global, vemos cada vez más claramente una diferenciación entre las actividades que forman parte del sistema de intercambio mundial y las actividades marginadas, excluidas o "informales", cualquiera sea el término adoptado. En cada uno de nosotros hay una parte que se entrega al juego de la razón instrumental y la tecnología, y otra parte que ha sido marginada, o encerrada junto a todo aquello que es reprimido por este mundo de racionalidad instrumental, es decir, junto a las raíces culturales, la identidad personal, la sexualidad y la fantasía.

Por lo tanto, nos parece (y es importante reconocer esto desde el comienzo) que nos encontramos en un mundo al borde de la guerra civil mundial. Ya no se trata de una guerra entre los Dos Grandes, ni de dos bandos en pugna, sino de una guerra civil. Esto quiere decir que el sistema mundial se encuentra dividido y se está volviendo contra sí mismo. Sobre la base de este resumen de la situación histórica, cuya brevedad, espero, el lector perdonará, quisiera destacar las principales tendencias de los cambios que actualmente experimentamos. Esto que acabo de afirmar me conduce a identificar tres aspectos principales, o tres grandes líneas de reflexión.

En primer lugar, la dimensión mundial del fenómeno ha originado, como he mencionado al principio, la rápida destrucción de los sistemas de control de la actividad económica (los sistemas políticos, sociales, legales y culturales). Para decirlo sin ambages, están desapareciendo instituciones de todo tipo. Esto nos lleva al segundo aspecto. Debido a la desaparición de estos sistemas de control, vemos cómo triunfa, en sus formas más diversas y contradictorias, lo que no podemos definir sino como individualismo. La idea de los ciudadanos como individuos identificados independientemente de los grupos sociales y culturales tradicionales a los que pertenecían, era un rasgo de los estratos medios y altos en algunos países, incluidos por la filosofía de la ilustración. Ahora los ciudadanos se han transformado en consumidores, y ésta es una realidad que cabe reconocer a nivel global. En lo que se refiere al tercer aspecto, las fisuras y

fracturas que acabo de mencionar aparecen y se extienden en un mundo sin instituciones, un mundo cuya perspectiva es a la vez global e individual.

Como podemos observar, las tres líneas de reflexión que acabo de describir tienen un aspecto fundamental en común. Tiene que ver con cambios culturales, no con cambios sociales, y creo que ésta es la principal diferencia entre finales del siglo XIX y finales del siglo XX: En las postrimerías del siglo XIX, los actores, desafíos, problemas y soluciones eran sociales. El contexto estaba definido por el trabajo, la producción y las relaciones de producción, las clases sociales, los derechos sociales, el derecho al trabajo, etc. En la actualidad, diría que los problemas que observamos tienen que ver con los fines de la actividad colectiva y no con los medios y que, por lo tanto, generan problemas relacionados con la cultura y la personalidad. Esto está vinculado al hecho básico de que durante el siglo pasado nuestros esfuerzos para transformar el mundo repercutían fundamentalmente en la naturaleza, mientras que los nuevos poderes de transformación repercuten fundamentalmente sobre los seres humanos, con el resultado de que si bien antes éramos dueños y amos de la naturaleza, como decía Descartes, ahora actuamos sobre la realidad de la cultura, la personalidad y el individuo, los cuerpos y las mentes de los seres humanos. Nuestros esfuerzos incluyen no sólo en las técnicas y los instrumentos, sino también en los valores y las normas.

Quisiera volver a referirme a los tres aspectos que acabo de definir y que me parecen los más importantes. El primero de ellos es el debilitamiento del control social y político. Hemos llegado al final del camino en cuyo comienzo las sociedades se organizaban como mecanismos de reproducción social o de control social. Actualmente vivimos en sociedades de producción o transformación, sociedades en permanente cambio que jamás alcanzan un equilibrio en el plano del orden social. Esto produce un aumento espectacular de un fenómeno denominado anomia, definido a finales del siglo XIX por uno de los padres fundadores de la sociología, y entendido como una descomposición de los sistemas normativos y un sentimiento de pérdida de raíces en los individuos que ya no se someten internamente a esas normas. Nos encontramos en un mundo de movilidad, de migraciones y cambiantes modelos de consumo. El poder de los mercados despierta reacciones defensivas que pueden ser evaluadas, y de hecho deben serlo, de maneras muy diferentes. Estas reacciones distan mucho de ser uniformes, pero provocan una oscilación vacilante y permanente entre los atractivos del progreso y los atractivos de la tradición. Para plantearlo de forma más explícita, en esta región del mundo donde nos encontramos ahora, en Holanda, el Reino Unido, Francia y, agregaría, Estados Unidos, es decir en los países que inventaron las formas modernas de la democracia, hemos creado un equilibrio notable, y probablemente excepcional, entre tradición y progreso, entre lo local y lo global, o en todo caso lo universal, que ha durado un tiempo razonablemente largo. Cada uno de los grandes países europeos se constituyó como tal a partir de países más pequeños, o de las sociedades locales.

Estos países eran multiculturales, multiétnicos, y heterogéneos. Sería necesario recordar, para pensar en un ejemplo extremo, que cuando Italia fue unificada sólo el 2,5% de su población hablaba italiano. O que en la época de la Revolución Francesa más de la mitad de la población no hablaba francés. En países nuevos como Estados Unidos jamás se ha conocido una situación de este tipo. Debería agregar que entre una comarca de Alemania y otra, o las diferencias entre una región y otra de Inglaterra, Francia, Italia o España eran tan grandes que la comunicación era escasa y dificultosa. Sin embargo, de este periodo data la formación de las monarquías absolutas a nivel nacional o a otros niveles, la creación de la burocracia, el Estado moderno, la educación, la racionalización al estilo moderno de las ideas e instituciones, así como la generalización de los principales modelos Bildung, que tomaron el relevo de las grandes líneas del concepto griego de paideia mezcla de tradiciones populares e ilustración, de identidades colectivas y referencias a la razón y la democracia.

Este equilibrio político entre progreso y tradición, entre ser y hacer, entre atributos y logros, se ha modificado. Nos encontramos en una sociedad de logros, aunque también asistimos a un retorno a los atributos, a la pertenencia en términos de la identidad nacional, étnica, religiosa, local, sexual y familiar. De modo que podríamos decir que existe una disociación entre cuerpo y mente, entre memoria y juicio. Aquello que solíamos llamar modernidad, humanismo o democracia se caracterizaba, insisto, por la integración y, desde luego, no por la agresiva victoria de un elemento sobre otro, como se ha afirmado. Hoy en día, se ensancha la brecha entre quienes viven en un mundo de cambio y de mercados, y quienes viven en una identidad restablecida violentamente, de una cultura individual o colectiva.

Esto nos lleva al segundo aspecto. He hablado de individualismo, y debería definirlo en términos similares a los que acabo de usar. En términos culturales, el mundo actual vio la luz cuando descubrimos que el individuo y la sociedad no se correspondían. Como bien sabemos, dos pensadores destacan en este plano de ideas: Nietzsche y Freud. Fueron ellos quienes nos dijeron que el individuo no era, a diferencia de lo que postulaba el periodo clásico, un ser en el que las pasiones estaban sometidas a la razón, un ser que se comportaba, por así decir, de la misma manera que Dios cuando creó el mundo. Al contrario, el drama de la existencia humana estaba anclado en el conflicto entre el Es y el Überich, entre el id y el superego. Utilizo el término 'id', que fue formulado por Nietzsche y después tomado en préstamo por Freud. El mundo de Eros, de la libido, y el mundo de la organización racional, así como el principio del placer y el principio de realidad, están regidos por un antagonismo, y la existencia humana, tanto en su vertiente individual como colectiva, es el tratamiento ineluctablemente defectuoso de este antagonismo. Estamos lejos de la idea griega o clásica del individuo, según la cual la sociedad, el individuo y el mundo se encontraban en armonía como manifestaciones diferentes de la razón.

El resultado es que asistimos al nacimiento de lo que Benjamin Constant, en 1819, definió como democracia de los Modernos, por oposición a una democracia de los Antiguos, de los griegos o romanos, o incluso la de la Revolución Francesa, una democracia fundada en la conciencia cívica de los ciudadanos. Ninguno de nosotros definiría actualmente la democracia como el gobierno de los ciudadanos. Todos definiríamos la democracia, de una u otra manera, como el respeto del Estado por los derechos humanos. Esto quiere decir que, con el tiempo, la larga polémica entre lo que llamamos libertad positiva y libertad negativa, diría que se ha saldado a favor de la escuela inglesa de pensamiento, la de Berlen o Popper. En otras palabras, queremos, por encima de cualquier cosa, vivir en un régimen en el que nadie pueda alcanzar el poder o permanecer en el poder contra la voluntad de la mayoría. Esto es, literalmente, lo que la escuela inglesa de pensamiento denomina libertad negativa, la libertad que no permite la existencia de la anti-libertad, que impide que un régimen autoritario llegue al poder o se entronice en él. De modo que vivimos en un mundo en el que no basta con apelar, como hicimos en el pasado, al espíritu de reconciliación, o a la participación del pueblo en un régimen, y huelga decir que un término como 'democracia popular' parece inconcebible.

El tercer aspecto, que abordaré brevemente, es que el triunfo de este tipo de individuación es el rasgo distintivo verdaderamente cultural de nuestro tiempo y una nueva manzana de la discordia en el seno de la comunidad. La cuestión es, sin duda, la individuación. Hace unos años, el filósofo Jean-François Lyotard encontró un gran eco cuando habló del final de las grandes ideologías históricas, las ideologías del liberalismo, el socialismo y, sin duda, de otras. Creo que Lyotard sólo acertó a medias, porque si bien es cierto que asistimos al ocaso de las grandes ideologías históricas, éstas han sido reemplazadas por el reconocimiento de la vida de los individuos como ideología, y hablo aquí de formulaciones que han alcanzado popularidad, especialmente las de Alistair MacIntyre y Paul Ricoeur. Todos intentamos individual y colectivamente, hacer de nuestras vidas una narrativa, es decir, darles un sentido. Intentamos darle importancia a cada acción en relación a la construcción del significado general de la autorreferencia de las vidas individuales. Todos compartimos la conciencia de la individuación. Nuestros esfuerzos ya no se centran, en ningún caso, en la supremacía de la razón, en el desarrollo de un sentido de la historia o en el cumplimiento de la voluntad divina, aunque hay quienes observen esta definición de valores en una determinada sociedad. Todas estas formulaciones están hoy en día subordinadas al esfuerzo de garantizar a los individuos y a las comunidades la libertad para construir el sentido de su propia existencia.

Sin embargo, es precisamente en torno a este punto que surgen los principales conflictos. Los conflictos de nuestro tiempo no versan sobre la propiedad de los medios de producción sino sobre la apropiación de la individuación. Hay quienes piensan que ser un individuo significa liberarse de las garras de determinadas identidades de grupo, y gozar de las bondades del consumo y la

comunicación. Para ellos, el punto cúlmine de la individuación consiste en responder a las demandas y necesidades que se expresan en el mercado, o incluso fuera del mercado. Otros piensan que consiste en permitir a cada individuo y comunidad que no se le identifique en términos de factores externos, por el mercado ni por los amos del mercado, y permitir a cada cual construir su propia experiencia combinando, como he planteado, la memoria con el juicio, las referencias a la identidad colectiva con el desarrollo de las aspiraciones individuales. El campo de batalla, y el lugar donde se encuentran las soluciones y se inauguran los procesos de institucionalización, ya no es la nación o la humanidad. Es el individuo, y aquello a que aspiramos en la actualidad son formas de vida comunitaria que permitan a todos, en la medida de lo posible, ejercer su capacidad para definirse a sí mismos como sujetos. Podría mencionar, por ejemplo, una idea tan sencilla e importante como la que brindaba John Rawls en un libro publicado recientemente, *Political Liberalism*. Aquello que llamamos democracia, dice Rawls, no es sino conseguir que personas con diferentes creencias y convicciones vivan juntas, es decir, acogidas a las mismas leyes. Esto significa que la ley de la mayoría debe permitir la existencia de un espacio donde se respeten las minorías; la afirmación de la identidad debe coexistir junto al reconocimiento del otro. Esto es mucho más que tolerancia, es la célebre 'política de reconocimiento' de Charles Taylor.

Esto supone reconocer que la democracia no es el 'poder para el pueblo'. No es, como diría Claude Lefort, una cuestión de sentar a otra persona en el trono sino de eliminar el trono, de abolirlo, y también abolir el centro, y ampliar todo lo posible la gestión de la diversidad. Nuestra imagen de la democracia es una imagen antijacobina. Es el reconocimiento del otro y el reconocimiento de la diferencia en la comunidad, tanto en lo que concierne a las leyes como a las orientaciones culturales. He ahí la definición de lo que buscamos.

No se trata de una mera cuestión de procedimientos, ni siquiera en el sentido más noble de la palabra. Me gustaría llamarla, con Marcel Mauss, la recomposición del mundo. Durante mucho tiempo, especialmente en Europa, se creía que la modernidad exigía hacer tabula rasa, que era algo revolucionario y que se debería abolir el pasado. ¡Acabar con el pasado! Las cosas nuevas se construyen con lo nuevo, tal era la idea tradicional de desarrollo. Ahora sabemos que siempre se construyen cosas nuevas con otras viejas, y que la modernidad no consiste en borrar el pasado, sino en incorporar todo lo posible del pasado en todo lo posible del futuro. En Europa, al comienzo de la revolución industrial, en los años en que Watt desarrollaba su motor a vapor, comenzaban también las primeras excavaciones arqueológicas a gran escala. Y sólo después de la Revolución Francesa el conjunto de Europa ingresó en la era de la modernidad política, y fue entonces que por primera vez las catedrales góticas fueron reconstruidas y admiradas. El signo más seguro de que nuestros países entraban en la era de la modernidad era su interés por el pasado. En la actualidad en París, que se ha querido modernizar, en los últimos 20 años se ha

creado un conjunto de grandes museos.

El museo es una de las instituciones más modernas porque representa el lugar (y pienso en museos tan sobresalientes como el que construyó De Mesnil en Texas) donde encontramos una pluralidad de culturas, donde reconocemos los valores de culturas que no podemos comprender en profundidad, porque no conocemos lo suficiente acerca de Oceanía, los aztecas, el arte medieval, la Grecia antigua o el arte chino o indonesio del mismo periodo. A la vez, pensamos que es esencial instaurar el diálogo con otras culturas. Esto quiere decir que reconocemos que todas las culturas representan el esfuerzo de aunar racionalidad e identidad, o, como afirmaba Auguste Comte, orden y progreso.

Quisiera terminar con esta idea. Creo que debido al hecho de que no adoptamos la perspectiva historicista o evolucionista que predominaba a finales del siglo XIX, lo que ahora buscamos es prácticamente lo mismo que aquel sueño del siglo XVIII, en tiempos de Kant. Se trata de recuperar el sentido de la paz, y el sentido de la unidad de un mundo que no debe estar dividido. Creo que estamos viviendo una división mucho más profunda y fundamental del mundo que la que vivió Europa en el siglo XIX. Por lo tanto, antes que nada deberíamos intentar reconstruir aquello que se ha separado y trabajar por la reconciliación.

Hace unos años, mientras se preparaban para un plebiscito de vital importancia, los sociólogos chilenos llevaron a cabo unas investigaciones, y llegaron a la conclusión de que la gente deseaba la reconciliación, la reconstrucción de un sentimiento de ciudadanía que disminuyera las distancias sociales, culturales y políticas, de modo que se recuperara el sentido de pertenencia a un mismo conjunto, en una corresponsabilidad con el mundo. Es lo mismo que hoy dicen los ecologistas. Junto a otros grupos sociales, las mujeres tal vez con más insistencia que los hombres, nos han dicho que la igualdad también supone el reconocimiento de la diferencia y la identidad.

Estos son nuestros problemas, a saber, la ruptura de los vínculos institucionales, sociales y culturales, la liberación del individualismo, la liberación del placer, la felicidad y la individuación. Al mismo tiempo, asistimos a la proliferación de conflictos a nivel global, nacional, local e individual, entre interpretaciones contradictorias de esa individuación. Debido al hecho de que estos problemas son más culturales que sociales, todos contamos con el compromiso de vuestra reflexión y con las iniciativas de UNESCO para alcanzar el progreso tan urgente y necesario en su consideración, análisis y solución.

Traducido del francés

Nota

* Discurso de apertura leído ante la Primera Reunión Provisional del Intergovernmental Council of the Management of Social Transformations Programme (MOST), París 7-10 de marzo de 1994.